

**CUENTO N° 96**

**TÍTULO: LA HERMANDAD DE LOS DIEZ**

**SEUDÓNIMO: COCOCA**

**AUTORA: MARTA IBAÑEZ VASQUEZ**

## LA HERMANDAD DE LOS DIEZ

En medio de los festejos con que familiares y amigos celebraron la llegada de mis noventa años alguien me preguntó:

- ¿En qué época de tu vida lo pasaste mejor?

Mi respuesta dejó a todos atónitos. Sin vacilar contesté:

- Entre los setenta y ochenta años.

Es que en esos diez años se forjó La Hermandad de los Diez. Cinco matrimonios que llegamos a ser inseparables. Ninguno de los diez integrantes del grupo tenía menos de setenta años y el mayor bordeaba los ochenta.

La amistad se inició en un memorable viaje a La Serena, organizado por la Caja de Compensación a la cual todos pertenecíamos. Días antes de partir nos citaron a una reunión para darnos a conocer las condiciones del tour y en esa ocasión descubrimos que tendríamos como compañeros de viaje a un matrimonio con que habíamos sido vecinos y cuyos hijos eran muy amigos de los nuestros.

Mi marido y yo nos alegramos mucho con este reencuentro y ellos a su vez nos presentaron a otra pareja que conocían. Los seis congeniamos de inmediato, compartimos mesas y paseamos juntos, conociendo los muchos e interesantes lugares que rodean la ciudad. Visitamos la Recova, mercado típico en que se exhibe la artesanía de la zona y los muchos y variados productos que allí se cultivan.

Recorrimos también el valle del Elqui, visitando Vicuña y todo lo que allí recuerda a Gabriela Mistral, nuestra poetiza galardonada con el Premio Nobel de Literatura. Subimos al Observatorio Astronómico Mamalluca y nos maravillamos con los cielos estrellados de esa región. Escuchamos atentamente las explicaciones del guía y nos conmovimos con la música andina que era el telón de fondo en la visita al Observatorio.

Es que ninguno de nosotros, que habíamos vivido dedicados a cumplir nuestros deberes de padres responsables, trabajando intensamente, sin darnos el tiempo de preguntarnos que nos gustaría hacer, por primera vez estábamos gozando plenamente con las muchas cosas gratas que la vida ofrece. Libres ya de responsabilidades inmediatas iniciamos unas merecidas vacaciones que, compartidas con estos nuevos amigos, prometían múltiples agrados.

De regreso en Santiago Gaby y Hernán organizaron un tecito al cual invitaron a Elizabeth y Jorge, con quien habíamos estado en La Serena y a Aurora y Mario, otro matrimonio que pronto se incorporó al grupo de seis que ya formábamos con Enrique, mi marido y yo. Poco tiempo después se integraron Nelly y Nelson, otra pareja que completó el grupo de diez que formó nuestra cofradía.

Esta amistad se fue fortaleciendo a través de reuniones quincenales que iban rotando de casa en casa. En esas ocasiones la conversación fluía con gran facilidad, es que preguntábamos: “¿Se acuerdan de.....?” y todos nos acordábamos, porque habíamos nacido en la misma época, cuando niños habíamos jugado al luche, al trompo, al emboque, al partido y a las bolitas. Nos habían llevado a las onces infantiles de los miércoles en la tienda Gath & Chaves

y éramos nietos del Abuelito Luis, personaje que reunía a los niños alrededor de la radio, a las cuatro de la tarde, para contarnos cuentos, organizar concursos y descubrir jóvenes talentos musicales, como es el caso de Vicente Bianchi, que se dio a conocer gracias a ese programa.

Todos recorrimos la ciudad en tranvía y asistimos a las onces del Lucerna y, cuando adolescentes, bailamos en el Charles y suspiramos con las canciones de Frank Sinatra. Asistimos a las matinées de los cines de barrio y nos impresionaron los noticiarios que mostraban los horrores de la Segunda Guerra Mundial, que se desarrollaba en los años cuarenta. Fuimos jóvenes cuando los pololeos eran románticos. Habíamos crecido en el Santiago que se fue.

En una ocasión en que la nostalgia era el tema de conversación Enrique, que era profesor de turismo, observó: “-En vez de hacer recuerdos ¿Por qué no organizamos un paseo y disfrutamos ahora?”

Así se inició la época de oro de nuestras vidas. Cada dos o tres meses planeábamos un viaje y los diez nos dirigíamos ya fuera a unas termas, a un centro de recreación de la Caja de Compensación, como Huallilemu en El Quisco o Palomar en San Felipe, o tomábamos un tour para recorrer varios lugares, o nos inscribíamos en los viajes para la tercera edad organizados por SERNATUR.

Cuando estábamos en Santiago nos reuníamos en las casas para tomar té, comer cosas ricas y jugar Dudo, juego con dados y cachos en que nos hicimos expertos.

Mario, que era el más creativo, sugirió un día que adoptáramos un apodo que caracterizara a cada uno del grupo. Como ejemplo dijo: “-Si yo digo Siete Ases, ¿quién no piensa en Gaby, que nos desafía con esa declaración en el Dudo?”.

Con ese apodo se quedó Gaby y fueron surgiendo los otros: “Manito de guagua” era Jorge, nuestro tesorero; “Victrolita”, Mario, que no callaba nunca; “Sol Naciente”, Aurorita, que iluminaba el día con su sonrisa; “El Pequeño Saltamontes”, Nelson, que siempre estaba en movimiento y “La Unica”, Nelly, su esposa, que era la única que podía resistirlo. Hernán pasó a ser “Tutanjamón”, por su destreza para representar figuras egipcias y lo de jamón no necesita explicación. Elizabeth se convirtió en “La Venus del Milo” por su afición a los alimentos. Enrique pasó a ser “El Pachá”, por dejarse querer y ser regaloneado y atendido y a mí me llamaron “Hormiguita”, por mi capacidad trabajólica.

Durante más de diez años nuestro grupo estuvo reuniéndose muy a menudo. Además de los tés quincenales nos juntábamos para celebrar cumpleaños, aniversarios, Bodas de Oro, como en el caso de Gaby y Hernán, Nelly y Nelson, Aurora y Mario y Enrique y yo.

También celebramos todos los años, con disfraces y globos, la pasada de agosto y con Fiestas Navideñas y amigo secreto las festividades de fin de año. Pero lo más notable eran las vacaciones en nuestra casa en La Marina de Rupanco. Teníamos nosotros una casa junto a ese lago, que contaba con los 5 dormitorios que se requerían, con una gran terraza y una magnífica chimenea, además de facilidades para hacer asados, caminatas y paseos a termas, como Puyehue y Aguas Calientes. Estábamos cerca de Frutillar, Ensenada, Puerto Octay y Puerto Varas, además del Centro de Esquí de Antillanca. Todos esos lugares los visitamos durante los muchos veraneos que pasamos allí.

En una ocasión nos fuimos a Bariloche, cruzando la cordillera por Villa la Angostura. De más está decir que disfrutamos de todos los agrados que esa ciudad ofrece a los turistas, como la vista maravillosa al Lago Nahuel Huapi, desde los miradores de los cerros que lo rodean, a los cuales se sube en telesféricos. En la ciudad se pueden hacer compras y gozar de los miles de restaurantes y salones de té. Es imposible aburrirse en Bariloche.

La convivencia de los cinco matrimonios en la casa de Rupanco era increíblemente buena. Todos cooperaban para lograr el éxito con igual entusiasmo y alegría. Partíamos todos juntos en bus desde Santiago, para lo cual Enrique compraba los diez pasajes ida y vuelta y arrendaba dos autos que nos esperaban en el Terminal de Osorno. Iniciábamos la temporada haciendo compras para todos los días en el supermercado de esa ciudad. Manito de Guagua fiscalizaba y pagaba. Una vez en casa los hombres se hacían cargo de las tareas pesadas, como sacudir alfombras, encender la chimenea o la parrilla o cualquier otra cosa que se requiriera. Las mujeres cocinábamos, limpiábamos y servíamos los alimentos.

Los paseos se organizaban respetando la opinión de la mayoría. El paseo preferido en las mañanas eran las termas de Aguas Calientes, en que disfrutábamos la espléndida piscina y luego almorzábamos en Entre Lagos.

En las tardes salíamos a caminar por el Condominio y terminábamos jugando Dudo y saboreando un picoteo. Si hacía frío encendíamos la chimenea y conversábamos al calor de los leños.

En una de esas ocasiones Mario, que es poeta, observó: “- Es tan linda nuestra amistad, es tan sólido nuestro grupo, que debiera tener un nombre. Buscándolo llegamos a los recuerdos de La Serena, con sus historias de piratas y corsarios y sus cofradías y decidimos que nuestro grupo se llamaría “La Hermandad de los Diez” y con ese nombre se perpetuó.

Al cumplir Hernán los 90 años uno de sus nietos rindió un homenaje a nuestro grupo señalando que había convertido a diez amigos en diez hermanos.

La Tercera Edad puede brindarnos la oportunidad de forjar amistades realmente valiosas, porque es el encuentro con nuestros pares, con quienes tenemos vivencias similares y recuerdos en común. Hablamos el mismo idioma.

FIN